



Chirapaq, Centro de Culturas Indígenas del Perú

Centro de Documentación

Serie: Biblioteca Virtual Especializada *Qellcay* *

Nº 5

<http://www.chirapaq.org.pe/htm/cendocset.htm>

yachay@chirapaq.org.pe

* Qellcay = Registro

Las qelcas, más conocidas como tablas pintadas, se han utilizado tradicionalmente en la comunidad de Sarhua (Ayacucho), como “alza techos” de las casas nuevas. En sus cuadros intermedios, escoltados por los dioses tutelares (arriba) y la Virgen de la Asunción (abajo), se registraba, cual crónicas, la genealogía familiar. Hoy en día los temas más tratados son los mitos, fiestas, labores agrícolas y ganaderas de la comunidad, incorporando también los sucesos más importantes de su relación con el país y el mundo, como consecuencia de la migración de sus pobladores.



Agora. Unidad de Información Pública

Corte Nacional Electoral

La Paz, Julio 2005, Nro 1, pp. 4-5

http://www.cne.org.bo/centro_doc/carta_agora/bol_ago1.pdf

Este documento ha sido digitalizado exclusivamente para fines de difusión. Al utilizar cualquier información del mismo, por favor, citar la fuente impresa o de origen completa.

Ciudadanía se escribe en plural

Un diálogo sobre la diversidad de las prácticas democráticas

Silvia Rivera Cusicanqui

En un país multicultural, como la Constitución Política del Estado define a Bolivia, ¿puede hablarse de prácticas de ciudadanía diversas, de ejercicios democráticos diferenciados, de maneras de deliberación múltiples? Silvia Rivera Cusicanqui, autora de unos clásicos de la sociología boliviana, *Oprimidos pero no vencidos*, en un diálogo con Ágora, propone unas provocativas respuestas para el debate. Lo que sigue ya son sus palabras.

Ciudadanías

Hay que pluralizar la palabra ciudadanía, hay que hablar de ciudadanías. Porque, de hecho, hay modos diferentes de ser y sentirse ciudadana o ciudadano y hay una larga experiencia de prácticas democráticas diferenciadas. Un punto de vista occidental, liberal, no admite la existencia de estas prácticas diferenciadas.

Se considera, por ejemplo, de forma muy peyorativa, que toda forma colectiva de conducta política es corporativista y que por lo tanto es, de suyo, antidemocrática.

No se entiende que en ese sistema, la búsqueda de consensos en las comunidades para tomar decisiones –respecto del voto, por ejemplo– es una forma mucho más avanzada de democracia porque lo que se pone en debate es la conveniencia pública, es decir, colectiva. Por el contrario, la soberanía del individuo es sólo una fórmula que esconde el debilitamiento de la práctica de participación ciudadana. El voto de ese individuo puede depender del humor con que se levante el día de las elecciones o puede ser parte de esos indecisos que a última hora votan por lo que les dice un amigo. Yo no sé si el respeto a ese individuo desposeído de profundidad histórica y de sentido de responsabilidad colectiva es una forma de profundización democrática. En tanto que esas entidades, mal llamadas corporativas, proporcionan, por lo menos potencialmente, un escenario de debate y de participación más profundo, más democrático. Y ésa es una forma de ejercicio de la ciudadanía distinto.

Democracia comunal

En las formas deliberativas de la democracia comunal, por ejemplo, toda autoridad es revocable. A Felipe Quispe, el Mallku, lo han desconocido como líder varias veces, un líder encumbrado de un modo incontestable, sin embargo, al día siguiente estaba desconocido. La capacidad de revocar el mandato es un nivel más avanzado de democracia. En cambio, el hecho de que un tipo por el cual votamos se pase al otro lado, participe en masacres o robe al Estado, y que nadie lo pueda sacar, es subdesarrollo democrático. Ahora, sin duda, la revocabilidad del mandato también introduce elementos de incertidumbre. Se pueden formar grupos o facciones contrarias a la autoridad y usar la revocatoria como un mecanismo para su relevamiento para favorecer sus propios intereses. Eso es posible.

Gobierno como servicio

Cuando las autoridades se aferran a sus sueldos, piden indemnizaciones y hasta rentas vitalicias denotan que la autoridad no está constituida en función del servicio a la colectividad sino al usufructo de privilegios.

En cambio, la legitimidad del gobierno indígena se entiende como servicio, como una especie de sacrificio y no como un privilegio. Se puede pensar, entonces, en una normativa inspirada en la cultura indígena: la autoridad como función de servicio, de renunciamento. El que ejerce autoridad en la comunidad, generalmente, termina más pobre de lo que ha entrado. En cambio, en este sistema, se hacen pagar hasta sus farras.

La Constituyente

Desde la perspectiva indígena, en el proceso de la Asamblea Constituyente un elemento de continuidad evidente es la lucha simbólica: asignar a las palabras una función de talismán. La palabra Constituyente es un talismán y un talismán cuyo brillo no deja ver su contenido. O sea, es sunchuluminaria. La Constituyente viene a ser como el emblema de muchas cosas no dichas. Sólo una cosa está dicha:

Asamblea Constituyente igual a refundación del país. Es como decir que se cambie todo, que todo se dé la vuelta. Detrás de esto está la idea de que el mundo está al revés y de que hay que volverlo a poner en sus pies. Pero eso no está dicho. Por lo demás, nadie tiene claro cuál es el contenido de ese mundo nuevo, diferente, de ese país refundado.

Hay un enorme fondo de cosas no dichas y de expectativas confusas que no se ha logrado plasmar en el debate, en el debate en castellano por lo menos.

Pre constituyentes

Debería haber pre constituyentes en aymara, en quechua, en guaraní, en los diferentes idiomas, en los grandes conglomerados regionales y territoriales indígenas. En estas pre constituyentes deberían intervenir los pasaro (en aymara: las ex autoridades), los yatiris, la gente que sabe de orden público, de bien común y que, obviamente, tiene una visión diferente de lo que es el buen gobierno. Y esa visión tiene mucho de sagrado, no es una visión secularizada. Si eso no se expresa, vamos a seguir peleando por banderas simbólicas a las cuales les vamos a dar miles de contenidos no dichos, no explicitados. Y cuando se expliciten, ¿quiénes van a hablar? Los lenguaraces, los habladores, los que saben castellano, los que saben leyes. Esos van a hablar y, por lo tanto, la gente se va a quedar frustrada y no va a haber tal refundación del país. Hay una especie de silenciamiento colonial de esas voces que son las que deberían escucharse a la hora de hablar de la noción de buen gobierno.

Poner el mundo de pie

Se siente, se dice y se escucha en muchos espacios que se vive un mundo al revés y que estamos en un Pachakuti. ¿Qué es eso? Hay una sensación de que se está volcando el tiempo, que se está revolviendo la historia. Pero esa sensación introduce un margen de incertidumbre mayor porque todavía no puede formularse un proyecto de país, no hay un programa. Hay la expectativa de que el mundo se dé la vuelta.

Pero no se sabe. Ahí, las funciones catárticas de la violencia son indudablemente el riesgo mayor. Si en un momento dado sientes que esa vuelta se da es porque eres capaz de perder la vida por algo. Y eso es terrible, porque ésa es la única confirmación de la expectativa, que todavía no puede ser racionalizada. Para mí, el nexo entre la versión racional, occidental, logocéntrica castellano-hablante y ese magma, no inconsciente, sino de prácticas no vistas, no dichas y no escuchadas, son los liderazgos y los intelectuales orgánicos del mundo indígena, que no, necesariamente, tienen que saber castellano. Yo pienso que hay que consultar a los viejos, a los yatiris, a los sabios de las comunidades.

En lengua propia

Y esa deliberación tiene que ser en la lengua propia. Hay un mundo de conceptos del poder y del gobierno que son muy diferentes a los vigentes en castellano. El hecho, por ejemplo, de que ch'ama (fuerza) tenga una raíz paralela y similar a ch'amaka (oscuridad) de alguna manera confirma una idea: el poder indígena es nocturno. Porque en el mundo al revés, lo diurno es el poder colonizador y lo queda por debajo, lo que se ejerce de un modo clandestino, es el poder propio. Y ahí están las deidades de la oscuridad, por eso el ch'amakani es el yatiri más fuerte, el más profundo, porque maneja la fuerza de la oscuridad. El hecho es que ese mundo tiene que volver a salir a la luz. Y, tal como están las cosas, parece que no hay caso.